

## *El viaje*

Adela volvió a maldecir a aquel conductor de autobús tan lento, que se eternizaba en cada parada. Al otro lado del cristal, solo se distinguía un rosario de luces rojas y faros de coche, el humo de los tubos de escape y algún rebaño de peatones. De pronto, una voz chillona la sacó de su ensimismamiento.

- ¡Hola! Es usted la vecina, ¿no?
- ¿Eh? Sí, sí, la de arriba, niño.
- No me llamo “niño”, me llamo Raúl. Y vengo del cole. ¿Me aparta el bolso? Así vamos juntos.
- Igual detrás vas más cómodo, que hay más sitio...

Ni caso. El orondo niño se sentó, colocó la mochila sobre su regazo y fue quitándose el abrigo a saltitos, ante la impaciencia de Adela, que se estaba llevando más de un codazo.

- ¿Y qué tal? ¿Ha comprado muchos regalos? ¿Son para sus nietos?
- Sí, para mi nieta. Oye, ¿y si vamos calladitos mejor? Por lo del coronavirus y tal.
- ¡Si llevamos mascarilla! Además, menudo rollo no decir nada hasta casa...
- Ya, claro...
- Pues vengo del cole, que tenía extraescolares. Hoy tenía inglés y los lunes y los miércoles, robótica, que me encanta. Ya le hemos puesto los ojos al robot, que son dos bombillitas que hay que conectar a...

No hay escapatoria, pensó Adela. Me pondrá la cabeza tarumba hasta que nos bajemos. Qué manía tiene la gente con forzar conversaciones. Igual, si me recuesto un poco contra el cristal y me hago la dormida...

- ¡Doña Adela, que se duerme! ¿O mejor solo “Adela”? Es que mi madre la llama “doña Adela” y se me hace raro quitarle el “doña”.
- Como tú quieras, hijo.

Suspiró, resignada. Si no puedes con tu enemigo, únete a él, pensó la mujer. Le daré un poco de cancha, a ver si así el viaje pasa más rápido.

- ¿Y cuántos años tienes, Raúl?
- Ocho. Pero estoy grande, ¿eh? Eso es porque como bien desde pequeñito. Aunque mi padre me dice que me corte un poco, que ya tengo más tripa que él...

Qué majo tu padre, pensó Adela. Como un fogonazo, se acordó de la última vez que se lo había cruzado en el rellano. Él estaba dentro del ascensor y ella, que acababa de entrar al portal cargada con la compra, le hizo una señal para que lo parara, pero él hizo como que no la entendía. Aunque era imposible estar segura porque llevaba la mascarilla puesta, Adela habría jurado que le había visto sonreír mientras se cerraban las puertas.

- Bueno, tú tranquilo, que aún tienes que dar el estirón. Y no tenías hermanos, ¿no? Vivías solo con tus padres.

- Sí, bueno, ahora con mi madre. Mis padres se enfadaron mucho hace un mes o así y mi padre se fue. No sé dónde está. Creo que con mi abuela. Pero ni idea, porque no ha vuelto a llamar.

Adela se removió, culpable, en su asiento. Es verdad que hacía unas semanas había oído a los padres de Raúl discutir más de lo normal, pero no sabía que el padre se hubiera ido. En unos segundos que le parecieron años, logró carraspear y cambiar de tercio.

- Bueno, ¿y las notas qué tal? Seguro que los Reyes te traen muchos regalos...

- Eh, que yo ya lo sé.

Raúl abrió mucho los ojos y señaló con la cabeza a un niño de tres o cuatro años, que iba sentado sobre su madre al otro lado del pasillo.

- Que sabes... ¿el qué?

- Lo de los Reyes...

- No te entiendo nada, entre el ruido del motor y la mascarilla. ¿Que sabes el qué?

Raúl intentó acercarse al oído de Adela para hacerse entender. Ante la inesperada cercanía, la anciana dio un respingo.

- Pero ¿qué haces, loco? ¡Que nos contagiamos!

- ¡Que los Reyes son los padres!

Justo en ese momento, se hizo el silencio en la parte de atrás del autobús, que iba ya casi vacío. La madre del niño los fulminó con la mirada, antes de volverse de nuevo hacia su hijo, que preguntaba con insistencia qué había dicho aquel niño.

Fue en ese momento de silencio cuando Adela oyó el nombre de Raúl entre cuchicheos y risitas maliciosas.

- El gordo siempre metiendo la pata. Ja, ja, ja... Qué penoso...

- Ya ves. Qué pena no haberlo grabado.

Adela miró de reojo a Raúl, que tenía hasta las orejas rojas y parecía haber encogido un palmo de la vergüenza. Al darse la vuelta, se encontró con dos niñas de la edad de su vecino, que enmudecieron instantáneamente al verla.

- ¿Algún problema, mocosas?

- No – susurró una de ellas mientras la otra agachaba la cabeza.

- Ya no sois tan valientes, ¿eh? Como me entere yo de que insultáis a Raúl, hablo con vuestras madres y os quedáis sin móvil hasta que os caséis. ¿Entendido?

Las dos niñas, muertas del bochorno, asintieron con la cabeza. Adela rio para sus adentros. Menuda bruja se ha perdido el cine.

- Venga, Raúl. Es nuestra parada.

Una vez en la calle, el niño estalló en carcajadas.

- Pero ¿usted conoce a sus madres?

- Yo qué voy a conocer. Pero, cuando vas de farol, no te puede temblar la voz.

A medio camino, se encontraron con la madre de Raúl, que iba a recogerle a la parada. En los escasos metros que les separaban de su bloque, la mujer se interesó por la salud y por la familia de Adela, le habló de la puerta del portal, que nunca se cerraba bien del todo, y la invitó a merendar al día siguiente. Desde luego, el chico tiene a quién parecerse, pensó Adela. En otra ocasión, habría rechazado la invitación sin pensárselo dos veces, pero esta vez la aceptó encantada.